



EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITOR: Director Miguel Iturbe Mach
 Presidenta Editorial de Yarza Mompeles Subdirector de Información: Santiago Mendive. Subdirector de Luis H. Menéndez. Municipal: Manolo Ceballos
 Vicepresidente Fernando de Yarza Mompeles Desarrollo Digital: Esperanza Pamplona. Redactor: De la Torre Casas. Deportes: José Miguel Talabari
 Director General Carlos Núñez Murias Organización y Cierre: Mariano Gállego. Adjunto a la Dirección: Santiago Paniagua. Fotografía: José Miguel Talabari
 Opinión: José Javier Rueda. Política: Mónica Fuentes. José Andrés Nalda Mejino
 Blue Media Comunicación S. L.
 Talabari Cultura empresa Norte S. L.
 DASA. Distribuidora de Aragón S. L.

LA FIRMA | Por José Badal Nicolás

El caos de los planes de estudios

La proliferación de títulos de grado y máster diferentes en el sistema universitario español no responde a criterios de calidad, sino a otro tipo de intereses. Hay que avanzar hacia una verdadera especialización de los planes de estudios

Ante todo me parece oportuno hacer hincapié en el significado de «caótico» como estado indefinido, amorfo, desordenado, confuso, impredecible. Lamentablemente, gran parte de los actuales planes de ordenación docente de las universidades españolas son caóticos y, al igual que un sistema dinámico, muy sensibles a las condiciones iniciales, es decir, a los intereses de negocio de las instituciones privadas o de prevalencia de algunos departamentos o grupos de presión de las públicas, a veces en comunión con tutelas políticas o proyecciones ideológicas.

La reforma de la universidad atañe a su gobernanza y pasa por una atractiva oferta de estudios que permita identificarla por su excelencia en determinados campos científicos y que la sitúe en posiciones destacadas del ranking internacional. Esto requiere un profesorado seleccionado atendiendo a estrictos criterios de mérito y capacidad, competente, motivado y suficientemente remunerado a tenor de su alta cualificación. Y también, claro está, una financiación acorde con lo que la sociedad demanda y espera del estamento universitario. Que nadie se equivoque; sin estos mimbres no es posible que nuestros centros universitarios ocupen un puesto más relevante en el panorama internacional.

En aras de la pretendida excelencia académica, habría que facilitar la estancia de profesores extranjeros de valía acreditada al menos durante un razonable periodo de tiempo, como algo natural y enriquecedor tanto para la calidad de la docencia como para la investigación. Huelga decir que una dotación económica suficiente para proveer los recursos y laboratorios necesarios y que rompa con la paupérrima inversión pública y privada en investigación, 0,54% y 0,70% del PIB respectivamente, es condición insoslayable para el cumplimiento de los fines asignados a nuestras instituciones de educación superior.

Pero en estas líneas quiero denunciar el elevado y arbitrario número de títulos de grado y máster registrados en nuestro país, muchos de ellos con propuestas curriculares difusas, infladas, que conforman un légame de asignaturas descaradamente iguales o muy similares que se solapan con las de otros grados, y que por oscuridad de la razón o turbios inte-



LEONARTE

reses han conseguido la preceptiva e irresponsable aprobación de la autoridad correspondiente. Para asombro de propios y extraños, hoy se imparten en España más de tres mil grados, muchos de ellos vacuos o con contenidos muy parecidos; una cifra a todas luces excesiva que nos retrata más por la cantidad que por la calidad. Esta proliferación de títulos viene agravada por la moda de los dobles grados, una falaz ocurrencia que, lejos de procurar un bagaje curricular más rico en una determinada materia, a menudo responde a inconfesables pretensiones de arribistas que se aprovechan de gente bienintencionada. Lo que digo se da en todos los campos del saber, acaso más en las áreas no científicas, lo cual es aún más grave en la medida en que sus hinchados y pomposos grados congregan el mayor número de estudiantes universitarios matriculados.

El progreso y asimismo la competencia exigen una especialización, sin que esto suponga descuidar la formación básica, pero la justa, para así impartir conocimientos más sólidos y precisos que proporcionen mayores habili-

dades en determinadas materias y ayuden a sobresalir en áreas específicas y a encontrar salidas profesionales idóneas. En contra de la todavía arraigada preferencia por un amplio e inconcluso panel de conocimientos, lo dicho exige renunciar a un saber generalista o enciclopédico y ahondar en una docencia más orientada a una formación especializada bien diseñada. Esto implica un cambio de mentalidad en cuanto a lo que hay que enseñar, cómo hacerlo y cómo aprenderlo; y un atrevido cambio legislativo que propicie la redefinición de los actuales grados y másteres para incorporarnos al flujo de pensamiento dominante.

Una profunda y atinada reforma en pro de una oferta educativa correctamente estructurada y con un menor número de títulos oficiales homologados, una paulatina diferenciación de las universidades por mor de sus respectivos y específicos planes de estudios y unos ambiciosos programas de becas para facilitar la movilidad de los estudiantes a tenor de sus opciones curriculares, pueden ser las bases de partida para lograr egresados bien preparados y competitivos y nuevas generaciones de potenciales investigadores. Todo esto requiere tiempo, pero no debemos desistir de estos objetivos, porque no son utópicos. Dejemos de ser bichos raros en el panorama de la moderna y exigente educación universitaria.

José Badal Nicolás es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza

«Lo dicho exige renunciar a un saber enciclopédico y ahondar en una docencia más orientada a una formación especializada bien diseñada»

EN NOMBRE PROPIO
 Octavio Gómez Milián

Desaparezca aquí

Mira el final del pasillo, verás el cartel. Busca la salida. Sigue provocando vergüenza. Un Gobierno, el mío, el nuestro, el tuyo también, con dos ministros que desaparecen camino de las luces de neón. ¿Ha terminado la pandemia y no nos hemos enterado? Tengo una marca en el brazo de la vacuna del Doctor Bacterio. Menos de dos euros. Con el algodón fresco todavía. ¿Ya somos un rebaño? ¿Somos inmunes? El ministro filósofo quería ser presidente de Cataluña poniendo sobre la mesa una de las peores gestiones de Europa. Ganó el derecho a ser humillado por el reverenciado independentismo. Fuego que destruye el capitalismo y de sus migajas dinero en efectivo. Arde wallapop: viejas cintas de correr y carteras de ministros prácticamente nuevas, sin usar. Pablo Iglesias fue eurodiputado casi el mismo tiempo que Puigdemont presidente de la república catalana. Vicepresidente de asuntos varios. Se encargó de las residencias de ancianos mientras comentaba series de televisión en las redes sociales. Y las focas aplaudimos. Todos somos un poco focas. Yo aplaudí a Rosa Díez, a Albert Rivera y a Inés. No sé qué pelota sostendré ahora sobre mi morro de profesor de instituto rural. Lánzame una moción de censura y veré qué puedo hacer con ella. Silencio de covid para dejar espacio al frentismo. Un poema de Pedro Salinas: «Las cifras no sirven, no es secreto. / Es sueño y no misterio». Dos ministros desaparecen aquí, y, flotando en el fluido García, volviéramos un año atrás. Solo es una gripe. ¿No os da vergüenza? ¿De verdad?

Octavio Gómez Milián es profesor y escritor

Luis del Val

Ciento doce

El número 112 es el que marcamos para avisar a la Policía, a la Guardia Civil o a los Bomberos. Casualmente, 112 es también el número de médicos que han fallecido a causa de la pandemia. Más de dos médicos cada semana cayeron en acto de servicio, como oficiales del ejército blanco que, acompañado del ejército verde, están todos los días en el frente de esta guerra. Tengo bastantes amigos médicos y conozco a otros muchos. Y hay de todo, claro, como entre los periodistas o entre los cultivadores de trigo. Pero hay algo que marca a todos ellos: ejercen su trabajo debido a una vocación. Eso no resta méritos a quienes son juristas, profesores, arquitectos o biólogos, pero hay dos actividades donde la vocación forma parte intrínseca de ellas: la medicina y la milicia. El médico podrá ser

excelente o regular, simpático o desagradable, pero todos nos atienden, no porque se hicieran médicos por casualidad, por ambición de dinero, por deseo de destacar o porque la tortilla del bar de la Facultad de Medicina fuera la mejor. No. Están allí porque quisieron formarse para curar a las personas enfermas. Enfermas. Porque los médicos no tratan con ciudadanos en situación normal, sino ciudadanos con problemas de cuerpo y de alma. Solo una vocación arraigada aguantó que tuvieran que protegerse con bolsas de basura. Solo por vocación soportaron los errores de «mascarillas, no, mascarillas, sí», «viene el verano», «esto está vencido» y esos continuos disparates que les alargaban las horas de trabajo y les quitaban la vida. Ciento doce vidas. Como premio a su sacrificio, ahora les imponen que se inscriban en un registro para saber quienes no quieren aplicar la Ley de Eutanasia. Parece que el Gobierno confía en que sigan aguantando.